

Capítulo 1

Había dos cosas que nunca iban de la mano en esta vida: la gente a la que le gustaba la pizza con piña y que Tomás Echevarría y yo fuéramos amigos.

Era la persona más molesta del mundo, lo digo por experiencia propia. Desde que ese chico llegó a mi colegio mi vida se volvió un completo caos. Era como si un cometa hubiera caído directo en el patio central, derribando todas las reglas invisibles que nos regían.

El primer día que Tomás puso un pie en nuestras instalaciones, todo cambió. De pronto, todos querían ser sus amigos. Incluso las chicas más populares, como Natalia Fuentes, se iluminaban a su paso.

¿Y yo? Bueno... yo solo quería que desapareciera. A pesar de eso, nadie debería tener una sonrisa tan perfecta, ni ser tan condenadamente encantador y molesto al mismo tiempo.

Recuerdo ese día como si fuera ayer. Tomás apareció en el taller de artes con una carpeta negra bajo el brazo y un estuche de lápices que parecía recién sacado de catálogo. Caminaba con esa actitud arrogante y segura de sí mismo que lo caracteriza. Todas las miradas se posaron en él y en su hermano. En ese momento supe que mi tranquila existencia había llegado a su fin.

Entre suspiros y miradas que parecían querer fundirse con él, Tomás se abrió paso hasta el asiento vacío, justo al lado del mío. Cuando nuestras miradas se cruzaron, me quede inmóvil un instante, siendo incapaz de correr la vista hacia otro lado. Esos ojos verdes me analizaron con cierta diversión e... ¿interés? No, debía de ser mi imaginación. ¿Qué podría ver alguien como él en alguien como yo?

Renata, mi supuesta mejor amiga, no tardó en acercarse con su mejor sonrisa coqueta. Rodé los ojos, preguntándome cómo era posible que cayera tan rápido bajo el hechizo de Tomás. Pero, para mi sorpresa, él la rechazó de una manera tan rápida que casi me hizo contener la risa. ¡Nadie le decía que no a Renata!

Desde ese momento supe que mi vida no volvería a ser la misma. Tomás Echevarría se había convertido en el centro del universo de mi colegio, y yo, Catalina Reyes —la rarita, la friki—, me encontraba atrapada en su órbita sin saber cómo escapar.

En otras palabras, si Maslow hubiera hecho una pirámide estudiantil, Tomás estaría en la autorrealización y yo en la base de las necesidades básicas.

Con el paso de las semanas pensé que el furor por los chicos nuevos y guapos pasaría rápido. Pero ¿qué creen? No fue así. Un simple malentendido en el taller —cuando alguien juró que yo me había sonrojado porque Tomás se sentó a mi lado— se transformó en el rumor más jugoso de todos: “A Cata le gusta Tomás”.

Obviamente no, no, no y no. Todo fue sacado de contexto. Ese rumor solo me trajo burlas y comentarios. Incluso mi mejor amiga me defendió de la peor manera:

—¿Acaso es posible que a Tomás le guste Cata? ¡Claro que no! ¡Ni en sueños!

Todos se rieron con ganas, y yo quería que la tierra me tragara hasta llegar a la lava y evaporarme.

A veces sentía las miradas de los demás como lupas con mangos de cuchillo, listas para analizarme y después enterrármelos por la espalda. Bueno, quizás exagero, pero así lo veía yo.

Un día, mientras intentaba pasar desapercibida por los pasillos, me detuve al escuchar voces familiares en el vestíbulo. Eran Natalia y Tomás, y parecían discutir. Curiosa, me escondí tras una pared.

—Toda esta ridiculez solo para intentar ponerme celosa —escuché decir a Natalia con su típico tono de superioridad—. Era muy obvio que todo eso no iba a pasar.

¿De qué estarán hablando? Mi corazón se aceleró al ver a Tomás bajar la mirada, incómodo.

—Ya basta de repetir eso, Natalia. Me da vergüenza.

Natalia rio con ironía.

—¡Qué bueno que te dé vergüenza! Porque imagina, solo imagina... enamorarte de Cata.

¿Enamorarse de mí? No sabía cómo tomar ese comentario porque mi cerebro aún estaba procesando lo dicho por ella. No, seguro era una broma cruel. Natalia siempre sabía cómo convertir mi nombre en un insulto. Lo que me sorprendió fue la reacción de Tomás. Esbozó una sonrisa torcida, luego negó con la cabeza.

—Son solo rumores absurdos —dijo, encogiéndose de hombros—. Esa chica ni me topa. Cada vez que me ve, me mira como si me odiara.

Natalia frunció el ceño, buscando otra respuesta.

—Pero todos dicen que tú...

—¿Desde cuándo me importa lo que diga la gente? —la interrumpió Tomás con fastidio—. No me interesa, ¿ya?

Natalia abrió la boca para replicar, pero en ese instante sonó el timbre. Tomás se dio media vuelta y se fue por el pasillo, dejándola ahí. Yo, en cambio, me quedé oculta detrás de la pared, con un nudo extraño en el pecho. ¿Invisible? Tal vez lo era para él.

¿Y por qué me afectaba tanto? Ni yo lo sabía. Con un suspiro resignado, caminé hacia mi clase. Una cosa era segura: me cae mal Tomás.

Capítulo 2

Como si la vida fuera un chiste y yo la principal fuente de inspiración de esas ocurrencias, me vi envuelta en otro chisme estudiantil: “Cata rechazó a Tomás”. ¿Rechazar qué? ¡Si yo a ese tipo no le hablaba ni en sueños! No supe quién comenzó esa vez los dichosos comentarios, pero ahora todos me miraban como si hubiera cometido el crimen del año. Caminé con la cabeza gacha, incapaz de soportar el peso de esas miradas, aunque lista para enfrentarme a cualquiera que se atreviera a mencionarlo.

—Bueno, bueno, ¿y eso? —dijo Renata a mi lado, dándome un golpe en la espalda—. Camina derecha, por Dios, o te saldrá una joroba. No pienso tener a un cazador jorobado de amiga.

La miré con las mejillas rojas de la vergüenza. ¿Acaso mi mejor amiga me acababa de comparar con un dinosaurio? Sentí que me había insultado de mil maneras posibles: fósil, obsoleta... y con joroba. La cosa menos atractiva del universo.

—Lo siento, ¿sí? —respondí, abriendo mi casillero para sacar los cuadernos—. Es que, por si no te has dado cuenta, todos me miran como... un *concavenator corcovatus*.

Renata estalló en risa, apoyándose en los casilleros.

—Ya deja de tomarte todo a pecho, Catita. Fue solo un comentario, nada más.

—¡Claro, claro! —repliqué sarcásticamente—. Igual que esos comentarios que, de la nada, me involucran con la fuente de inspiración femenina de medio colegio.

Ella arqueó una ceja.

—¿De qué hablas?

—Olvídalo. Mejor dime, ¿qué hay de nuevo en la vida social del colegio? Su expresión se iluminó al instante.

—¡Ah, sí! ¿Sabías que dicen que Tomás Echevarría está interesado en ti? Suspiré con exasperación.